

ÉTICA DE LA COMPETICIÓN DEPORTIVA: VALORES Y CONTRAVALORES DEL DEPORTE COMPETITIVO

ETHICS IN SPORT COMPETITION: VALUES AND NEGATIVE VALUES IN COMPETITIVE
SPORTS

Javier Durán González
Universidad Politécnica de Madrid
(javier.duran@upm.es)

Fecha recepción: 09/04/2013

Fecha aceptación: 21/06/2013

Resumen

Para entender en toda su complejidad tanto las potencialidades como las limitaciones de la competición deportiva para educar y transmitir valores consideramos esencial dirigir nuestra atención a la reflexión ética del deporte, y más concretamente a las dos líneas de pensamiento divergente sobre el valor ético de la competición deportiva. Para algunos autores en la naturaleza competitiva del deporte encontramos una esencia profundamente ética y transmisora de valores, mientras que para otros en dicha esencia competitiva radica el mayor problema ético del fenómeno deportivo. Más que tomar partido por alguna de ellas, nuestra intención es tratar de exponerlas y entenderlas en toda su complejidad ya que ambas argumentaciones están plagadas de matices interesantísimos. Finalizaremos el artículo presentando aquellos principios esenciales que deben guiar las competiciones deportivas que pretendan educar y transmitir valores a sus participantes, resguardando unos principios éticos esenciales.

Palabras clave: ética, deporte, competición, valores.

Abstract

To understand the full complexity of both the potential and the limitations of competitive sports to educate and foster values we consider essential to turn our attention to ethical reflection in sport, and more specifically to the two lines of divergent thinking about the ethical value of sport competition. For some authors in the competitive nature of sport we find a deep ethical essence and transmitter of values, while for others in this competitive essence lies the greatest ethical problem of sports. Rather than siding with any of them, our intention is to try to show them and understand their complexity as both arguments have very interesting nuances. We end the paper presenting those essential principles that should guide sports competitions that seek to educate and teach values to their participants, protecting essential ethical principles.

Keywords: ethics, sport, competition, values.

1. El valor ético de la competición deportiva

1.1. La competición deportiva como vía hacia la propia excelencia

La ética tiene que ver con la potencialidad *virtuosa* del ser humano. Llegamos a este mundo con unas características personales (biológicas, genéticas) y en unos

contextos sociales (familiares, educativos, económicos, políticos) de los que no somos responsables, que nos vienen *adjudicados* en una verdadera lotería genética y social¹. A pesar del enorme condicionante que esas circunstancias implican, es indudable que a lo largo de nuestra vida, con nuestro propio esfuerzo y con nuestras múltiples elecciones, *conquistamos libre y responsablemente* nuestra personalidad moral. En definitiva, nos vamos haciendo mejores o peores personas. Aristóteles decía que “al hombre virtuoso, se le conoce como al buen zapatero, con el cuero de que dispone, bueno o malo, hace el mejor calzado posible”². Una cosa es el cuero, la materia prima de la que partimos, y otra nuestra obra, nuestro trabajo con dicho cuero. La verdadera esencia y principal finalidad de la ética, como bien señala Savater, es la mejora de uno mismo.³

Si bien es cierto que el sentido o intención de *progreso, de mejora, de búsqueda de perfeccionamiento*, no es patrimonio exclusivo de ninguna actividad humana específica, no lo es menos que el deporte, en cuanto a la búsqueda de *superación* y logro de la *excelencia*, reflejaría de algún modo ciertos valores morales. A eso sin duda se refería Cagigal⁴ cuando señalaba que el entrenamiento duro y continuado de un deportista es el mejor símil del carácter moral. De ahí que en la figura del *campeón* se encarnen los valores moralizadores de toda meta alcanzada por la superación humana.⁵

Veamos ahora qué incorpora el elemento competitivo a ese afán de superación y búsqueda de la excelencia deportiva.

Séneca en sus *Tratados morales* afirma: “Te juzgo desdichado: te has pasado la vida sin adversario: ni siquiera tú mismo sabrás nunca hasta dónde alcanzan tus fuerzas”.⁶ El filósofo señala en esta cita la dificultad del ser humano en alcanzar su propia excelencia sin afrontar la adversidad o tener delante un oponente.

En la búsqueda de la excelencia deportiva es indudable que la *competición* juega un papel primordial. Savater⁷ defiende *el valor moral* de la *competición deportiva* precisamente como *medio idóneo* para lograr el máximo valor ético del deporte, alcanzar la propia excelencia. Compitiendo, midiéndome con los mejores adversarios, es cuando me veo obligado a esforzarme al máximo para sacar lo mejor de mi mismo. Ese es el verdadero valor ético de la competición deportiva, “jugar cada partido mejor que el anterior. Jugar bien, ese es el triunfo verdadero”⁸.

La sana competitividad es la que nos lleva “a esforzarnos, a dar lo mejor de nosotros mismos, a progresar, a buscar nuevas estrategias para superarnos, a descubrir y

¹ Cortina, A., “Eugenesia y justicia social”, *El País*, 28 de enero de 2013, 13.

² López-Aranguren, J.L., *Ética*, Madrid: Alianza Universidad, 1995, 167.

³ Savater, F., *Ética para Amador*, Barcelona: Ariel, 1991.

⁴ Cagigal, J.M., *Deporte, Pedagogía y Humanismo*, Madrid: Publicaciones del Comité Olímpico Español, 1966.

⁵ En nuestra opinión no debe confundirse la *excelencia ética* o *virtuosa* con la *excelencia deportiva*, aunque ambas naturalezas confluyan en la misma persona. Aunque se nos repita que los grandes campeones se convierten en referentes morales para los jóvenes y para la sociedad, hay que decir claramente que ser el mejor futbolista, atleta o tenista del mundo no hace a estas personas más virtuosas éticamente.

⁶ Séneca, *Tratados Morales*, Barcelona: Planeta, 1995

⁷ Savater, F., *Diccionario de Filosofía*, Barcelona: Planeta, 1995.

⁸ Vicent, M., “Pep Guardiola. El fútbol puede ser una moral”, *El País*, 5 de noviembre de 2011, 51.

aprender de nuestros errores y a buscar nuevas soluciones para mejorar. Sin ella no progresaríamos”⁹.

Competir es bueno, siempre que entienda que con quien compito es conmigo mismo. No me comparo con los demás. Me comparo conmigo, y fruto de esta comparación valoro mi progreso y mi crecimiento.

En esta idea de competición no hay adversario, y no me preocupa el resultado, sino dar lo mejor de mí.

Como afirma magistralmente el profesor Santiago Álvarez de Mon, "el partido interior que jugamos con nosotros mismos es el único que merece la pena (...), ahí es donde de verdad gano o pierdo.”

Es nuestra responsabilidad educar a nuestros hijos en una competitividad sana, donde seamos capaces de premiar el esfuerzo, el buen juego en el partido y no el resultado, a menudo aleatorio.¹⁰

1.2. La justicia implícita en la competición deportiva

Arnold¹¹ nos ayuda a introducirnos en un segundo rasgo ético de la competición deportiva. Para este autor la base moral del deporte radica en el valor *ético social* por excelencia: la *justicia*.

Como hemos señalado en el apartado anterior las condiciones *aleatorias* con las que llegamos a este mundo (genéticas y sociales) condicionan enormemente nuestro paso por él. Si bien es cierto que siempre nos queda un espacio para hacer con nuestra vida lo que libre y responsablemente elegimos, no lo es menos que las circunstancias en las que nos encontramos al nacer condicionan enormemente ese proceso.

Se entiende por una situación más justa, y es un claro indicador en el logro de cotas de mayor dignidad humana, el hecho de que el *mérito* o *reconocimiento social* que obtienen las personas sea cada vez más *fruto de su propio esfuerzo*, y no según factores aleatorios como la raza, el sexo, la clase social o la propia genética.

Pues bien, el deporte representa en sí mismo un paso adelante en este proceso civilizador porque en él no se valora a las personas por factores fortuitos o azarosos, sino que se reconoce el mérito aquí y ahora, es decir en el momento de la competición. Con una terminología más sociológica, la relación entre el estatus adquirido (lo que nos ganamos con nuestro propio esfuerzo) y el estatus adscrito (lo que nos encontramos sin mérito personal) es más favorable al primero en el deporte que en otros contextos sociales. La situación de partida con la que nacemos nos condiciona mucho más, para bien o para mal, en otros ámbitos de la vida social que en el deportivo. De ahí que este

⁹ Ramón-Cortés, F., “Cuidado con la obsesión por ganar”, *El País Semanal*, 11 de septiembre de 2011, 24.

¹⁰ Álvarez de Mon, S., *Aprendiendo a perder. Las dos caras de la vida*, Barcelona: Plataforma Editorial, 2012.

¹¹ Arnold, P.J., *Educación Física, movimiento y curriculum*, Madrid: Morata, 1991.

último se haya visto y valorado siempre como un factor muy importante de promoción y ascenso social de personas de origen más humilde.

Gran parte del éxito y del atractivo universal del deporte se debe precisamente a que se nos presenta como una especie de mundo aparte donde existen unas reglas más claras y una mayor justicia social. Frente al mundo complejo en el que vivimos el deporte se nos presenta con “reglamentos claros, resultados contundentes y lo más parecido al triunfo que hemos sido capaces de inventar”¹². Podría decirse que el mundo extradeportivo es más injusto que el deporte, ya que los éxitos o fracasos que en aquel se obtienen son menos nítidos, menos claros y están mucho más condicionados por circunstancias diversas que las victorias en el terreno de juego deportivo.

Una excepción importante podrían ser ciertos rasgos genéticos prácticamente imprescindibles para triunfar en algunos deportes como por ejemplo la estatura en baloncesto o ciertos tipos de musculatura en atletismo. La clásica pregunta ¿el gran deportista nace o se hace?, se enfrenta precisamente a la duda sobre el peso de las condiciones biológicas o genéticas frente a todo el proceso de aprendizaje del deportista (técnica, táctica, etc.) a la hora de explicar el éxito.

Dejando a un lado estos condicionantes (tal vez sea mucho dejar) podría decirse que el deporte reflejaría el avance de una sociedad cada vez más abierta, que valora a los individuos más por los méritos y esfuerzos personales que por las ventajas que nos llegan regaladas por nacimiento y herencia.

Como nos recuerda Savater “la competición deportiva nace en la sociedad griega a raíz de la desaparición de las antiguas jerarquías genealógicas, lo que hizo imprescindible inventar otras formas de distinción social. (...) Cada grupo necesita tipos humanos que representen la excelencia, dignos de admiración, modelos que encarnen el ideal social de vitalidad de modo plenario y a la vez individual, distinto”¹³. Para De Villena¹⁴ *no existe moral más apetecible*, ni armonía mejor entre igualdad y diferencia. A partir de un equilibrio previo que nos permite competir en igualdad de condiciones, en el deporte vence el mejor, el que más se ha esforzado y entrenado. El deporte representa lo más democrático y aristocrático, a la par, que existe. En el deporte no hay clases sociales ni privilegios, *a priori* nadie es más que nadie, será el esfuerzo de cada cual lo que al final mostrará que no somos iguales.

La propia aparición del deporte en la Grecia antigua “es síntoma de algo excelente: una sociedad donde se ha establecido la igualdad política. (...) sólo entre iguales se puede competir: nadie puede medir sus fuerzas con los dioses ni con el monarca absoluto o el representante de una casta superior. Sólo quien me reconoce como igual compite conmigo y es capaz de camaradería en la rivalidad.”¹⁵

El deporte, en tanto *juego competitivo*, configura, con sus victorias y derrotas, una especie de representación microcósmica de la sociedad. Pero con una gran diferencia, en el deporte estas consecuencias *no son trágicas* como en otras esferas de la vida. De ahí

¹² Trueba, D., “Hagan juego”, *El País*, 27 de enero de 2012, 53.

¹³ Savater, 1995, op. cit., 100.

¹⁴ De Villena, L. A., “Encomio del Deporte”, *ABC*, 22 de febrero de 1986, 38

¹⁵ Savater, 1995, op. cit., 100-101.

que para niños y niñas las experiencias deportivas conlleven, gracias a las sanas jerarquías y enriquecedoras diferencias que se fomentan con su práctica, un alto valor educativo y un verdadero aprendizaje para la vida. Los niños pueden adquirir: en la victoria, seguridad en sí mismos, autoafirmación, modestia y generosidad con los derrotados; y en la derrota, un sano hábito de aceptar frustraciones y búsqueda de nuevos recursos personales para la superación. El deporte además puede favorecer la amistad, el compañerismo, la sociabilidad, el trabajo en equipo, y también puede ayudar a aceptar las reglas, a obedecer a la autoridad (árbitro, juez), y a comprender el sentido de la justicia.¹⁶

Según Arnold¹⁷ para garantizar precisamente ese valor ético de justicia que representa el deporte, debemos alcanzar una igualdad máxima en dos momentos de la competición deportiva: (i) previa a la competición (que nadie salga con ventaja); y (ii) durante la competición (mismas reglas para todos y misma aplicación de éstas). Ver enfrentarse a deportistas y equipos en igualdad de número y condiciones es de los máximos atractivos del deporte y condición *sine qua non* éste se desarrolle. Uno de los principales argumentos contra el dopaje en el deporte apunta precisamente al hecho de vulnerar el principio esencial de igualdad previa en la competición. Respecto a la justicia durante la competición a la hora de aplicar el reglamento y sancionar las posibles infracciones en el juego, nos parece un paso adelante en la ética deportiva la introducción de ayudas tecnológicas en la toma de decisiones arbitrales por favorecer una mayor racionalidad y objetividad en su difícil labor. Ambas cuestiones, interesantes sin duda desde una perspectiva ética, debemos aparcarlas por el momento pues nos alejarían del objetivo central del presente capítulo.

1.3. La competición sometida a la cooperación

Los autores que comparten una valoración ética positiva de la *competición deportiva* ponen como condición esencial que dicho elemento competitivo esté sometido a una segunda (pero primera en importancia ética) condición estructural del hecho deportivo: la *cooperación*.

Por supuesto que el deporte consiste básicamente en competir, en enfrentarse a otros deportistas por obtener una victoria, un triunfo, que sólo uno puede lograr. Ahora bien para que dicha competición deportiva pueda realizarse se requiere *previamente* de un acuerdo común entre los contendientes. Para competir deportivamente, *antes*, hemos tenido que *ponernos de acuerdo* en la aceptación de unas normas que hagan posible nuestro enfrentamiento. Sin esa *asociación y cooperación previa* es indudable que la competición no puede tener lugar¹⁸.

Tal y como señala Rapoport¹⁹ el rasgo esencial que distingue a las competiciones deportivas de otras formas de conflicto es que su punto de partida no es el desacuerdo

¹⁶ Cagigal, 1966, op. cit.

¹⁷ Arnold, 1991, op. cit.

¹⁸ Lüschen, G., "Análisis estructural del deporte", en *Sociología del Deporte*, ed. Günther Lüschen y Kurt Weis. Valladolid: Miñón, 1979, 46-58.

¹⁹ Rapoport, A., *Fights, Games, and Debates*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1960.

ISSN: 2340-7166

sino, antes bien, el acuerdo de los oponentes en luchar por una meta incompatible - sólo uno de ellos puede ganar- dentro de las limitaciones que impone un marco normativo aceptado mutuamente. Simon²⁰ define la competición deportiva como un empeño mutuamente aceptado para que uno sobresalga.

El deporte competitivo por tanto no debe considerarse como una forma desenfadada de conflicto, sino como una práctica institucionalizada regida por reglas de rivalidad amistosas, justas y aplicables a todos los participantes²¹, lo que exige una previa intención de cooperar para que se llegue a desarrollar²².

Arnold²³ recuerda que originariamente *com-petitio* significaba “esforzarse juntos” y se hallaba más ligado a la amistad que a la rivalidad. Y Savater que la competición “es una fuerza socializadora, porque para competir se necesita a los demás: nadie compete solo. Quienes buscan a toda costa someter o exterminar a los otros no son los más competitivos, sino todo lo contrario: lo que pretenden es acabar de competir cuanto antes.”²⁴.

Llegados a este punto es necesario recordar que no todos los autores comparten esta visión ética de la competición deportiva. Existe también una crítica muy bien fundamentada desde una perspectiva ética al hecho deportivo. Dicha reprobación va dirigida precisamente a la esencia *competitiva* del deporte. A continuación la presentamos.

2. Crítica ética de la competición deportiva

2.1. La moral finalista del deporte competitivo: lo que de verdad importa es ganar, vencer, ser mejor que los demás. El fin justifica los medios

Si antes hemos señalado que el logro de la propia *excelencia* es el mayor valor ético de la competición deportiva, hemos de reconocer que dicho valor se confunde habitualmente con lograr la *victoria deportiva*. Una y otra son cosas distintas. Podemos haber jugado excelentemente y sin embargo haber perdido el encuentro por ser los rivales muy superiores a nosotros. Perder no implica haber fracasado. Como también podemos triunfar jugando rematadamente mal y sin esforzarnos lo más mínimo ante rivales muy inferiores en calidad. A veces incluso, para vencer en un partido, más que sacar nuestro mejor juego, puede resultar muy útil movilizar nuestros peores instintos, como engañar al árbitro, desquiciar mediante insultos a un rival de calidad, o incluso lesionarle a conciencia, y eso, aunque pueda resultar rentable deportivamente, en absoluto lo hace un valor ético. No es infrecuente que, en etapas formativas, la obsesión por las victorias llegue a truncar y desbaratar el proceso de aprendizaje deportivo.

²⁰ Simon, R.L., *Fair-Play. Sport, Values and Society*. San Francisco: Westview Press, 1991.

²¹ Arnold, 1991, op. cit.

²² Perry, L.R., “Competition and cooperation”, *British Journal of Educational Studies*, XXIII, 2, junio 1975, 21-37.

²³ Arnold, 1991, op. cit.

²⁴ Savater, 1995, op. cit., 100-101.

Un entrenador de voleibol de niñas en edad escolar, apenado por las exigencias de obtener victorias inmediatas en las competiciones deportivas infantiles, nos hacía la siguiente reflexión:

Mi principal objetivo es enseñar correctamente este deporte a las niñas. Mi filosofía en las competiciones se basa en que prueben en el campo todo aquello que hemos entrenado: por ejemplo las enseño a sacar de mano alta, y en los partidos les permito dicho saque aún a sabiendas que es mucho menos preciso. También les animo a que construyan jugadas completas con recepción, colocación y ataque.

¿Qué ocurre en los partidos? Pues que nos enfrentamos a equipos en los que sus entrenadores, por su afán de lograr victorias, obligan a sacar de mano baja y casi prohíben dar más de un toque entre los miembros del equipo. Jugamos contra niñas que podrían alcanzar un nivel muy alto en su juego, que serían capaces de hacer los tres toques, y sin embargo en los partidos se convierten en un muro que sólo saben devolver. La jugada se repiten una y otra vez: saque de mi equipo, el equipo contrario pelotazo de antebrazos a mi campo, mis jugadoras siempre tratando de hacer los tres toques y atacamos con un remate que lógicamente es devuelto con otro pelotazo a mi campo y así hasta que alguna de las mías termina fallando. El porcentaje de error en nuestras jugadoras es mucho mayor. Mi equipo juega en una tremenda desventaja ante estos equipos que tanto les gusta ganar y que se olvidan de enseñar la verdadera esencia del voleibol.

Estoy convencido, ya lo estoy notando, que a medida que pase el tiempo los resultados nos acompañarán cada vez más, no puede ser de otra manera. (“El voley a tres toques” por Adrián Lorente Ibarra).

La madurez de este joven entrenador, que muestra su rabia e indignación por el coste competitivo que le supone mantener sus principios, su vocación educativa y su tarea de enseñar a jugar bien a esas niñas, evidencia precisamente la diferencia entre la búsqueda de la *excelencia deportiva* y la *obtención de victorias*, y nos indica algo esencial: la propia lógica competitiva deportiva, con la obsesión por las victorias y resultados, dificulta muchas veces el proceso de aprendizaje de los jóvenes deportistas.

Otra frecuente amenaza a la ética en las competiciones deportivas es el confundir el logro de la propia excelencia, no ya con la obtención de una victoria deportiva, sino con el deseo de ganar a otros, de ser mejor que los demás. Esa competitividad, que enfatiza más en la victoria sobre el otro que en la mejora de uno mismo, va perdiendo valor ético. Lejos de ayudarnos “nos genera estados de insatisfacción, de estrés, y nos bloquea, porque cuando no la obtenemos, sentimos un alto grado de frustración que a menudo expresamos en forma de agresividad, de quejas, de polémicas e incluso de desprecio por los demás. (...) esta competitividad no va destinada al crecimiento personal, sino a la pura victoria sobre los demás.”²⁵

No es casual que este sentido de la competitividad conduzca en mayor medida a comportamientos antideportivos y tramposos y que el fin (ganar al contrario) justifique el “*todo vale con tal de ganar*”²⁶

²⁵ Ramón-Cortés, 2011, op. cit., 24-25.

²⁶ Savater, 1995, op. cit., 100.

Como se ha señalado perspicazmente las propias infracciones de las reglas y las sanciones correspondientes se convierten a menudo en objetivos a trabajar y calcular por si salen rentables para la verdadera finalidad del juego: superar al contrario²⁷.

Otra consecuencia negativa desde una perspectiva ética de esta moral finalista del deporte competitivo es *la infravaloración de todo el esfuerzo realizado si no va acompañado del triunfo en la competición, del brillo de la medalla*. La conocida frase, atribuida a Ayrton Senna, de que “el segundo es el primero de los perdedores”, resulta paradigmática de este desprecio por el sacrificio y el trabajo de los que no suben a lo más alto del podio.

Todo lo anteriormente expuesto ayuda a entender la sólida crítica ética al deporte elaborada por López-Aranguren²⁸ señalando que el verdadero *fin moral* del deporte competitivo es vencer. Cuando se habla de honradez, de “fair-play” o de deportividad en la competición, de no hacer trampas ni utilizar más violencia que la autorizada, en definitiva de un “estricto ajustamiento a las reglas que configuran el pacto originario del juego”, este sometimiento honesto a las reglas en la competición no deja de ser sino un *medio*, moralmente legítimo, de alcanzar lo que de verdad importa, el Triunfo. *Ganar* se presenta por tanto como la principal finalidad moral del deporte. Se puede vencer de forma *honest*a o *deshonest*a, *justa* o *injusta*, pero en todo caso esa honestidad o justicia no dejarán de ser *cualidades morales secundarias* frente al verdadero *fin moral del deporte: vencer, triunfar*. “El deporte de competición se inscribe simbólicamente tanto en la moral del Triunfo absoluto como –la otra cara- en la Destrucción del Enemigo. Sí, tenía razón Cagigal al oponerse a esa excesiva *trascendentalización* del deporte como símbolo, cuando no ensayo o anticipo, de la Guerra total.”²⁹.

“La moral finalística del deporte, es, simplemente, una variación de la moral de la competición, del sentido agonal de la existencia”. El deporte se atiene a una “moral – discutible en términos de ética- del Triunfo o Victoria como sentido último de la existencia”³⁰

Para algunos autores la competición deportiva resulta odiosa y moralmente repugnante porque transmite el valor de la victoria propia y la derrota del otro, con lo que se fomentan actitudes egoístas y de interés propio^{31 32}. Decía Borges que "la idea de que haya uno que gane y otro que pierda" era "esencialmente desagradable".³³

No es casual que se haya señalado la existencia de una clara incompatibilidad entre las motivaciones para el logro del éxito en contextos competitivos, y la

²⁷ Bailey, Ch., “Games, winning and education”, *Cambridge Journal of Education*, 5, 1, 1975, 40-50.

²⁸ López-Aranguren, J.L., “Conducta ética y conducta agresiva: un enfoque filosófico”, en *Agresión y Violencia en el Deporte. Un enfoque interdisciplinario*. Madrid: Instituto de Ciencias de la Educación Física y del Deporte, 1985, 185-195.

²⁹ López-Aranguren, 1985, op. cit., 189.

³⁰ López-Aranguren, 1985, op. cit., 189-190.

³¹ Fraleigh, W.P., *The right actions in sport: Ethics for contestants*, Champaign, Ill., Human Kinetics, 1984.

³² Meakin, D.C., “The moral status of competition”, *Journal of the Philosophy of Education*, 20, 1, 1986, 59-67.

³³ Carlin, J., “¿Hay consuelo para un corazón destrozado?”, *El País*, 11 de diciembre de 2011, 62.

preocupación por los valores sociales. Ciertas actitudes deportivas como una elevada competitividad y la persecución del triunfo por encima de todo, entran a menudo en conflicto con valores sociales como el juego limpio y la deportividad^{34 35 36 37 38}. Estaríamos ante valores contradictorios. Es más, ciertas actitudes honestas se podrían convertir incluso en un impedimento para conseguir niveles altos de éxito en situaciones de competición. Cuando algunos entrenadores señalan que a ciertos jugadores les falta “instinto asesino”, que son demasiado buenas personas están precisamente refiriéndose a esta circunstancia. Dicho de otra manera, la lógica de la alta (y menos alta) competición deportiva hace incluso que ciertos comportamientos *excesivamente honestos o de fair-play* por parte de algunos jugadores se interpreten muy frecuentemente como *debilidad de carácter competitivo* y un impedimento para el triunfo.

En el siguiente apartado vamos a profundizar en esta limitación ética y valorativa de la competición deportiva.

2.2. Valores instrumentales y valores finales. La dificultad del deporte competitivo por alcanzar valores de máximo nivel ético

Un reciente trabajo sobre jerarquización de valores en el deporte Durán³⁹ distingue entre *valores instrumentales* (trabajo en equipo, cooperación, liderazgo, disciplina, compromiso, afán de superación, fuerza de voluntad, logro, éxito, autocontrol de los impulsos, salud, automotivación, persistencia) y *valores finales o éticos*, que a su vez se dividen en los de *identificación emocional* que reflejan nuestra capacidad de *acompañar en el sentimiento* al otro, de identificarnos emocionalmente con él (respeto, empatía, compasión, humanidad, indulgencia, solidaridad), y los de *sacrificio propio*, que conllevan incluso al sacrificio de los propios intereses personales en beneficio del otro (honradez, honestidad, integridad, abnegación, altruismo, generosidad, sacrificio).

Mientras los valores instrumentales servirían tanto para buenas como para malas causas (no resulta difícil comprobar el listado anterior de valores y constatar que además de ser útiles para grupos deportivos también podrían serlo para grupos terroristas, mafiosos o criminales), los valores finales o éticos serían superiores a los

³⁴ Martens, R., “Helping children become independent, responsible adults through sports”, en *Competitive sports for children and youth: an overview of research and issues*, ed. Brown and Branta, (Champaign, Ill.: Human Kinetics Publishers, 1978).

³⁵ Orlick, T. y Botterill, C., “Why eliminate kids?”, en *Sport Sociology: Contemporary Themes*, ed. Yiannakis, et al.. Iowa: Kendall/Hunt, 1976.

³⁶ Keating, J. W., “Sportsmanship as a moral category”, en *Sport and the Body*, ed. Ellen W. Gerber y William J. Morgan. Filadelfia: PA, Lea & Febiger, 1979.

³⁷ Shalom H. Schwartz, y Wolfgang Bilsky, “Toward a Theory of the Universal Content and Structure of Values: Extensions and Cross-Cultural Replications”, *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 5, 1990, 878-891.

³⁸ Simon, 1991, op. cit.

³⁹ Javier Durán, “¿El deporte transmite valores?”, en *Los valores del ocio: cambio, choque e innovación*, ed. Aurora Madariaga y Jaime Cuenca. Bilbao: Universidad de Deusto, Documentos de Estudio de Ocio, 43, 2011, 161-177.

instrumentales ya que responden a modos de conducta de valor más universal, pues nos van aproximando a la esencia del bien y de lo que es justo, siendo más difícil orientarlos a malas causas.

Ahora bien, más difícil no significa que sea imposible orientar valores finales hacia malas causas. Es sabido que algunos terroristas llegan a sacrificar su propia vida mediante acciones en las que a su vez sesgan la vida de muchas personas inocentes. Estas excepciones nos ayudan a dar con otra clave esencial para entender la progresión de valores: su *universalización*. Los valores finales o éticos son superiores porque tienen vocación universal. Ayudan a las personas a evolucionar en dos sentidos: de la preocupación por el interés propio a la preocupación por el interés ajeno (del egoísmo a tener en cuenta al otro); y de la preocupación por el interés de los nuestros (“propia tribu”, la familia, los amigos) a la preocupación por el interés de los otros (vengan de donde vengan). Amplían el sentido de la lealtad, de una lealtad cicatera que me implica sólo con los míos, a una lealtad universal que me compromete con todo ser humano. Como señaló Darwin “la evolución de la humanidad implica la ampliación del círculo de la compasión”⁴⁰. Extender los derechos a todos los seres humanos. En definitiva la clave del progreso ético y moral reside en el nivel de implicación personal con el otro y que esa implicación no renuncie a su vocación universal: que nadie resulte abandonado.

No es difícil verificar como el deporte competitivo facilita sobre todo valores instrumentales, valores que resultan muy útiles para lograr buenos resultados deportivos mejorando nuestro rendimiento personal (motivación, esfuerzo, superación...) y colectivo (trabajo en equipo, cooperación, compromiso...), haciéndonos más competitivos, jugar mejor y ganar a nuestros rivales....; pero se nos reconocerá que estos valores no aportan consideraciones éticas o morales respecto de nuestros semejantes. Dicho de otro modo: a medida que avanzamos en el valor de los valores, más difícil resulta encontrarlos y trabajarlos en contextos deportivos competitivos de ganador único.

La explicación del porqué el deporte competitivo no favorece el progreso ético y moral, el paso de la preocupación por uno mismo (egoísmo, egocentrismo, interés propio) a la preocupación por el otro/los otros (interés ajeno), es relativamente sencilla. Se hace muy difícil en un contexto competitivo de ganador único, en el que tenemos que enfrentarnos al otro/otros por una meta que solo uno de los dos puede alcanzar (la victoria), inculcar en los deportistas la preocupación por los sentimientos ajenos (contrincantes, oponentes o rivales), y más difícil aún alcanzar actitudes altruistas de máximo nivel ético donde uno puede llegar al propio sacrificio por el bienestar del otro.

Pero no podemos desistir en esta tarea nada fácil pero sin duda apasionante. Luego explicaremos como podemos hacerlo. Pero sigamos ahora con una tercera crítica ética al deporte.

2.3. La tendencia jerárquica y excluyente de la competición deportiva. El abandono de los menos capaces

⁴⁰ Darwin, Ch., El origen del hombre, 1871.
ISSN: 2340-7166

La propia figura piramidal con la que se representa habitualmente la estructura deportiva competitiva evidencia la lógica jerárquica y excluyente de toda competición deportiva. En la pirámide deportiva los ojos se van invariablemente a la cima, al campeón. Su tendencia natural es “la búsqueda del mejor”, llegar a lo más alto⁴¹. Y ese proceso de búsqueda de los más fuertes, de los mejores, cuando no del único, del campeón, conlleva habitualmente “el abandono despectivo del prójimo menos capaz o menos afortunado”⁴². La continua expulsión de los menos capaces, de los perdedores, de los más débiles, de los menos hábiles, es moneda común en el deporte competitivo (y no sólo en los niveles de máximo rendimiento) ya que su potencial educativo e integrador queda eclipsado ese sueño convertido en espejismo casi siempre, de alcanzar la cima deportiva.

Desde la propia escuela ya se percibe la “adoración que reciben los mejores deportistas y el escarnio al que son sometidos los niños torpes”⁴³. Y esta humillación temprana suele alejar a muchas personas del deporte, siendo ya muy tarde cuando se descubren los beneficios saludables de su práctica.

Toda competición deportiva, por su propia naturaleza, conlleva otro peligro añadido, su tendencia a generar continuamente desigualdades. Por Rawls⁴⁴ sabemos que la justicia debe entenderse no tanto con un sentido de igualdad definitiva sino como una *igualación continua*. Y que esa tarea de *compensación y redistribución* no finaliza nunca. Siempre, en todas las sociedades, incluso en las más avanzadas, existen seres humanos por debajo de ciertos umbrales de subsistencia que les dificulta su proceso de perfección moral y les puede llevar a comportamientos indignos. Esa permanente injusticia debe paliarse con una *justicia social redistributiva* que se preocupe por construir una sociedad en la que *nadie* resulte abandonado.

Pues bien, al contrario que esa vocación *compensatoria* y de *continua igualación* de la justicia, el deporte no deja de producir continuamente ganadores y perdedores, en él siempre “se parte de una igualdad para llegar a una desigualdad”⁴⁵.

Otra derivada no menos perniciosa de esta lógica obsesiva del deporte espectáculo y de alto rendimiento por exaltar y enfocar sólo los éxitos y los triunfos, e infravalorar al resto de participantes, es generar enormes *sentimientos de frustración*. Al apagar cualquier foco sobre los perdedores y los que abandonan, se está proponiendo para todo practicante el éxito y la victoria como modelo de referencia no ya ideal sino casi habitual, obligatorio, incluso fácil de lograr, ¿acaso en televisión no nos cansamos de ver sólo a grandes campeones deportivos? Ocultar la dura realidad de que los grandes éxitos deportivos se encuentran ciertamente al alcance de muy pocos, incrementa irremediabilmente los niveles de frustración e infelicidad en el resto de practicantes.⁴⁶

⁴¹ Sámano, J., “Mito entre mitos”, *El País*, 15 de septiembre de 2010, 46.

⁴² Savater, 1995, 100.

⁴³ Muñoz Molina, A., “La angustia del ganador”, *El País*, 2 de enero de 1995, 39.

⁴⁴ Rawls, J., *Teoría de la justicia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1995.

⁴⁵ Sánchez, R. y Sánchez, J., “Culturas deportivas y valores sociales: una aproximación a la dimensión social del deporte”, *Apunts. Educación Física y Deportes*, 64, 2º trimestre, 2001, 39.

⁴⁶ No es difícil encontrar paralelismo entre esta lógica a los efectos nocivos de otras tendencias sociales como es la exaltación de ciertos cánones estéticos y su responsabilidad en la aparición de enfermedades
ISSN: 2340-7166

3. Hacia una competición deportiva ética. Principios esenciales

Una vez expuestas y analizadas las diferentes, complejas, y en algunos aspectos incluso opuestas interpretaciones sobre el valor ético del deporte competitivo, creemos llegado el momento de presentar de forma más específica aquellos principios esenciales sobre cómo pensamos que deben orientarse las competiciones que pretendan educar y transmitir valores a sus participantes, resguardando unos principios éticos esenciales.

3.1. Respeto a las reglas de juego

Cuando Arnold⁴⁷ señala la diferencia que existe entre “intentar ganar cuando se compite, y tratar de hacerlo *a cualquier precio*”, nos está mostrando uno de los principios esenciales que deben guiar las competiciones deportivas: el máximo *respeto a las reglas de juego* como base de la existencia del propio juego.

Éticamente son inadmisibles las trampas. Ni siquiera la *pillería*, tan habitual y valorada en algunos deportes por su *rentabilidad utilitarista competitiva*, debe ser aceptada. No nos referimos por supuesto a engañar a un defensor con una buena destreza técnica o engañar a un guardameta al lanzar un penalty, eso es algo sin duda *valioso*; nos referimos a tratar de engañar al árbitro mediante tretas como dejarse caer en el área fingiendo un penalty inexistente o tratar de meter un gol con la mano. Aunque algunos llegan a ver en estas argucias incluso “la mano de Dios”, es una simple *trampa* que no admite defensa ética alguna y merece toda nuestra condena y rechazo. Y no es verdad que con estas artimañas no se hace daño a nadie. Tal vez no un daño físico, pero sí un daño moral infringido al propio juego por la vulneración del acuerdo reglamentario en el que se sustenta, y también a otras personas: el juez o árbitro al que engañamos y por supuesto a los rivales.

3.2. Respeto a los rivales

Al principio de este texto recordábamos las palabras de Séneca advirtiéndonos del valor que merecen siempre los rivales por ayudarnos a alcanzar nuestra máxima fortaleza. Para cualquier defensor de la ética en el deporte emociona escuchar frases de algunos de los mejores deportistas en relación al respeto que sienten por los que son o han sido sus máximos rivales.

¿Le echó usted de menos, preguntaron a John McEnroe aludiendo a la retirada de Bjorn Borg, su eterno rival? “Por supuesto que sí. El me hizo mejor jugador. Cómo no

de conducta alimentaria como la anorexia que surgen en gran medida por la execrable presión social que muchas jóvenes sienten al no poder alcanzar un cierto modelo estético idealizado y que se encuentra fuera de los límites biológicos de la mayoría. Pese a lo cual muchas mujeres se sienten fracasadas y culpables por no poder satisfacer estas expectativas. (Camacho, 2013).

⁴⁷ Arnold, 1991, *op. cit.*, 68-69.

iba a echar de menos a alguien que me ayudó a sacar el mejor tenis que yo llevaba dentro. Y el tenis ha sido mi vida”⁴⁸.

Muy parecida fue la respuesta de Federer cuando le preguntaron qué sentía por Nadal. “Es un *rival*, en el sentido de alguien que me lleva al límite (...) que te hace ser mejor. Antes creía que prefería un mundo sin rivales, yo y el resto, pero ya no.”⁴⁹.

¿Qué piensas de Federer? Preguntaron a su vez a Rafa Nadal. Su respuesta refleja no sólo respeto sino admiración por su rival: “en mi vida he visto a nadie jugar con tal perfección. Cuenta con todos los golpes y además vistosos, bonitos. Tenerle delante te ayuda a ser mejor. Yo intento aprender todo lo que puedo de él. Para mi es un modelo, lo que a mi me gustaría ser en un futuro”.⁵⁰

Reflexionar a fondo con nuestros jóvenes deportistas, sobre el sentido de estas frases, nos ayudaría a que tanto ellos, como nosotros mismos, no olvidáramos nunca lo que debe entenderse por contrincante deportivo desde una perspectiva ética. Y además inculcándoles este respeto por los adversarios estaremos trabajando y desarrollando su propia honradez, honestidad e integridad.

3.3. Respeto a uno mismo. La honradez, la honestidad, la integridad

Es cierto que en un apartado anterior hemos expuesto la dificultad que el deporte competitivo tiene para trabajar los valores de máximo nivel ético (de identificación emocional y de sacrificio propio) pero también lo es que ese mismo deporte competitivo ofrece una oportunidad excelente para tratar de alcanzarlos. El motivo es que delante no sólo tenemos al otro, sino incluso a ese otro convertido en rival, en oponente.

Respetar al rival y a nosotros mismos en el sentido de ser más honestos se refuerzan mutuamente. El reto es trabajar esa honradez, esos principios éticos de fair play y deportividad, para mantenerlos no sólo en situaciones competitivas favorables sino también, y sobre todo, en los momentos más difíciles, cuando nos supongan una desventaja o hándicap competitivo. Esa es la clave de haber alcanzado el máximo nivel ético.

No se trata, como se ha llegado a afirmar burlescamente, de hacer de buenos samaritanos e ir dejándonos ganar partido tras partido⁵¹, sino que ante casos de injusticias manifiestas que nos beneficien en la competición, seamos personas capaces anteponer la honestidad y nuestros principios a la ventaja competitiva.

Cuando Galeano⁵² nos habla de la tarjeta verde utilizada por los árbitros en el fútbol infantil y juvenil de Finlandia para premiar comportamientos deportivos honestos como ayudar al adversario lesionado, reconocer las propias faltas levantando el brazo, o incluso advertir al árbitro de su error cuando su decisión nos ha beneficiado

⁴⁸ *El País*, 31 de marzo de 2008, 69.

⁴⁹ *El País Semanal*, nº 1626, 25 de noviembre de 2007, 82.

⁵⁰ *El País Semanal*, nº 1626, 25 de noviembre de 2007, 82.

⁵¹ Valenciano, M., *Aprender a ganar. La competición en el desarrollo de los deportistas*. Barcelona: Inde, 2012.

⁵² Galeano, E., “Los atletas químicos”, *El Mundo*, 27 de abril de 2001.

injustamente nos está hablando precisamente de este compromiso ético de honestidad en la competición.

Ni que decir tiene que cuanto más nos aproximemos al vértice superior de la pirámide deportiva más difícil resultará mantener estos principios. Pero existen ejemplos valiosísimos de comportamientos altruistas protagonizados por deportistas profesionales a los que sus profundas convicciones sobre el valor de la justicia y la honestidad les llevaron a actuar en contra de sus propios intereses. El gesto de Mats Wilander, el gran tenista sueco, durante la final de Roland Garros de 1982 contra Clerc, ha sido recordado a menudo. El árbitro le había beneficiado con una decisión injusta en la última bola de partido. Pues bien, en vez de aprovechar la legalidad, y convertirse ya en el nuevo campeón del torneo, insistió en que se jugara de nuevo aquella bola. El juez, arriesgando un tanto su posición de autoridad pero consciente del valor del gesto del tenista sueco, aceptó la reclamación. Otro significativo ejemplo se produjo durante los JJOO de Melbourne en 1956, cuando el corredor Brasher fue descalificado tras su victoria en los 3.000 metros obstáculos por haber estorbado a sus adversarios. Pues bien fueron los mismos atletas beneficiados por aquella decisión (Rosznyoi, Laresen y Loufer) los que protestaron ante los jueces a favor de su contrincante descalificado y consiguieron que anulasen la decisión, sacrificando así las medallas que, de otro modo, hubieran ganado. Recientemente hemos conocido otra historia ejemplarizante en este sentido cuando el atleta vitoriano de 24 años Iván Fernández Anaya se negó a ganar un cross inmerecidamente. Al observar que su contrincante, y seguro ganador por la distancia que le sacaba, se equivocaba de meta y se paraba una decena de metros antes, casi empujándole le llevó hasta la meta, dejándole pasar delante. “Desde que le vi pararse sabía que no le adelantaría”⁵³

Estos deportistas, con sus gestos, evidencian que son personas que, siguiendo los dictados de su propia conciencia, anteponen lo que es justo y honesto al noble, legítimo y moral deseo de ganar o lograr la victoria. Su preocupación por el bienestar del otro (compañero o contrario) conlleva el sacrificio altruista de sus propios intereses.

A los que luchamos por una progresión ética del deporte, nos duele que incluso en las pocas ocasiones donde la propia moral del fútbol profesional ha incorporado gestos que implican honestidad, como el hábito de lanzar el balón fuera del terreno de juego cuando hay un jugador del equipo contrario lesionado, con la posterior devolución *amistosa* del balón por parte del otro equipo, no hayan tardado en alzarse voces en contra de esos gestos de deportividad argumentando que algunos jugadores y equipos habían empezado a aprovecharse de esta *buena costumbre* para simular “lesiones” ante ocasiones propicias para el equipo rival. En definitiva que hasta la *deportividad del contrario* se utilizaba como estrategia competitiva.

3.4. La intencionalidad *incluyente y participativa*

⁵³ *El País*, 15 de diciembre de 2012, 62.

Una competición deportiva ética no debe abandonar a nadie por sus menores habilidades o capacidades. Necesitaríamos otra figura geométrica distinta a la pirámide para representar esta otra estructura competitiva incluyente. Tal vez un rectángulo de anchísima base sobrepuesto a la pirámide sería un dibujo esclarecedor de lo que aquí señalamos.

No resulta fácil mantener encendida la llama de la vocación educativa, que irrenunciablemente debe ser universal, en un contexto deportivo competitivo. Cuando en un equipo todos los deportistas, independientemente de sus habilidades, tienen su tiempo de juego más o menos equilibrado, nuestra intencionalidad pedagógica nos está limitando competitivamente frente a otros equipos y entrenadores que anteponen el éxito y las victorias a otros principios educativos. La ética deportiva puede perjudicar competitivamente ante rivales menos preocupados por cuestiones morales que nosotros.

Un presidente de una escuela de fútbol infantil relataba la siguiente experiencia que resume perfectamente el pensamiento anterior:

En 1997 me hice cargo de la presidencia de una escuela de fútbol de benjamines y alevines. Pronto me di cuenta de que todo el mundo (entrenadores, padres, jugadores y directivos) iban solo a ganar, costara lo que costara; pero que aquella actitud tenía un coste con los niños que yo nunca asumí. Por ello, di orden expresa a los entrenadores de que, dado el alto número de niños que teníamos en el equipo, todos los niños que habían cumplido con sus horarios de entrenamiento y que tenían la ilusión de vestir la camiseta del equipo en partidos oficiales, debían ir convocados de forma estrictamente rotatoria, y que debían jugar como mínimo 10 minutos del partido.

Todo fue bien hasta que llegó la última jornada de liga del Benjamín A. Este equipo se jugaba la liga en el último partido. Ya el lunes vino a verme el entrenador para decirme que, «como es lógico, la norma no rezaría para ese partido». Yo le respondí, que «la norma rezaba sobre todo, para ese partido». Al día siguiente vinieron a verme algunos de los padres de los niños, y no sólo de los que solían jugar más minutos, algunos de los cuales no iban ni siquiera convocados ese día por la rotación, también algunos de los menos buenos que tendrían que jugar ese día y que sentían la presión y la responsabilidad. A todos los padres les recordé la filosofía de la escuela y les dije que los niños iban a tener el mismo premio tanto si ganaban la liga como si quedaban segundos. Esa norma ética tuvo su coste: perdimos el partido y con él la liga; pero los niños fueron recibidos por el alcalde en el salón de plenos, junto a dos equipos más que fueron campeones y con mención especial al compañerismo de un equipo en el que todos habían participado.⁵⁴

Nuestra voluntad educativa universal e inclusiva no debe negar una realidad incómoda: no es fácil lograr la máxima motivación y atractivo en la práctica deportiva en todos los jugadores a la vez, los mejores y los menos buenos.

Una de las claves esenciales de todo juego competitivo que no puede *vulnerarse* ni *traicionarse*, es que debemos *esforzarnos en jugar lo mejor posible para alcanzar la victoria*. Eso es lo divertido y lo natural. Nos reclama nuestra máxima *implicación* y *excelencia*. Pues bien deberemos admitir que ese máximo nivel solo se logra alcanzar dentro de unos niveles de competencia similares. Resulta muy difícil mantener la

⁵⁴ Durán, 2011, op. cit., 171-172.
ISSN: 2340-7166

motivación y el interés en el juego ante rivales muy superiores o muy inferiores. Como también resulta evidente que un buen deportista progresará más en su juego si tiene oportunidades de jugar entre buenos jugadores.

Cuando obligamos a que todos los deportistas jueguen el mismo tiempo, con independencia de sus habilidades motrices y técnicas, o cuando formamos equipos muy equilibrados (con jugadores buenos, regulares y malos técnicamente) para que la competición se desarrolle en situación de máxima igualdad, estamos tratando de favorecer en los menos hábiles su autoestima y motivación, y de transmitir a todo el equipo valores como el respeto o la igualdad; pero ¿acaso como daño colateral no deseado, no estamos impidiendo el progreso de los mejores restándoles protagonismo y aminorando su autoestima y motivación?, o al introducir adaptaciones reglamentarias cooperativas como por ejemplo obligar a que todos los jugadores tengan que tocar el balón antes de lanzar, ¿no estaríamos penalizando de algún modo su progresión deportiva al limitar ciertas individualidades útiles sin duda en los deportes y además característica distintiva de los mejores deportistas? Sin duda no es nada sencillo casar estos intereses contrapuestos.

En una reciente tesis doctoral se proponía una clave muy interesante para avanzar en este reto de lograr la máxima participación deportiva sin merma de la diversión pero tampoco de la progresión: ampliar al máximo los escalones de la estructura competitiva, para que todo deportista con deseo de práctica, independiente de sus capacidades y destrezas, pueda realizarla *entre iguales en competencia*. La falta de estas estructuras competitivas escalonadas o intermedias, así como la ausencia de mecanismos correctores igualadores de niveles de competencias deportivas en muchos deportes federados, explicaría el descenso tan acusado de practicantes que se está produciendo en muchas modalidades deportivas.⁵⁵

3.5. Salud, disfrute y competencia

No es casual que de la intencionalidad incluyente y participativa pasemos a hablar de los hábitos saludables en relación con el deporte. La aportación de mayor valor del deporte a la sociedad, mejor aún, a sus ciudadanos, es el favorecer la salud ayudando a crear hábitos físico-deportivos saludables de por vida en ellos. Para consolidar estas buenas costumbres resulta esencial mantener el carácter lúdico y el disfrute en su práctica. Disfrute que a su vez se refuerza dotando de competencia al practicante, hacerle sentir diestro, habilidoso; la sensación de aprendizaje, de progreso, de dominio del propio deporte es esencial para mantener la práctica deportiva. Cuanto mejor dominamos una actividad, una técnica, más disfrutamos de ella y más fácil resultará perseverar en la conducta.

⁵⁵ González Herrero, C., “Estudio de las tendencias de crecimiento de las modalidades deportivas españolas 1980-2005, en relación con los hábitos físicos de la población desde una perspectiva internacional comparada”, Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte – INEF, Universidad politécnica de Madrid, 2012.

Ahora bien, gestionar en un contexto deportivo competitivo las *relaciones entre hábitos de práctica, disfrute y aprendizaje* es ciertamente complejo y tienen sus riesgos.

Se argumenta a menudo que las competiciones deportivas son muy divertidas y suelen generar una gran satisfacción y disfrute. Sin duda hay parte de verdad en esta afirmación, pero la frase debería completarse:.... sobre todo para los que suelen jugar bien y ganar. La derrota es menos divertida. La diversión y el disfrute de unos contrastan con la “desmotivación” de los otros, los perdedores habituales, que serán los que más pronto que tarde terminarán abandonando la práctica competitiva y tal vez todo ejercicio físico. Toda competición deportiva implica la comparación de nuestra valía con la de otros y salir siempre derrotado en esas comparaciones no resulta muy satisfactorio ni favorece la autoestima.

Pero es que incluso entre los que se van salvando del naufragio (abandono deportivo) por sus habilidades y competencias deportivas y siguen ascendiendo en la pirámide, el componente lúdico cada vez es más difícil de mantener, por las presiones y exigencias cada vez más altas que acompañan a la práctica. Los niños quieren y les gusta jugar con sus amigos, competir con ellos y por supuesto ganarles, lo que ya no es tan natural es que ese juego competitivo se estructure dentro de un marco organizativo y clasificatorio tendente a la máxima jerarquización con el objetivo de encontrar al campeón, al número uno. Eso ya no está en la naturaleza infantil, eso lo “inventamos” los adultos y se lo imponemos a los niños.

La lógica del sistema competitivo deportivo es *tramposa*, nos embauca con las expectativas del éxito pero en su proceso vendemos el alma al diablo. Una cosa es enseñar a un joven deportista los principios básicos de un deporte para que con esas competencias y habilidades disfrute más de su práctica, y otra tratar de que progrese en los niveles competitivos y alcance su *máxima excelencia*, proceso en el que se compromete su disfrute. No debemos entenderlo como una realidad dicotómica separada por una línea roja de peligro que no se puede cruzar, sino más bien de comprender que se trata de una evolución en la que, a medida que vamos ascendiendo en la pirámide competitiva y en esa búsqueda de la excelencia, el carácter lúdico y saludable se va aminorando a la par que la práctica deportiva se va haciendo cada vez más seria. Y de tanto estirar la cuerda puede llegar a romperse. Eso explica el abandono progresivo de muchos deportistas en ese proceso hacia las cumbres deportivas que sólo alcanzan los mejores.

¿Pero qué ocurre en esas cimas que sólo alcanzan los grandes deportistas? Veámoslo.

En el año 2012, Nadal y Djokovic se enfrentaron en la final del Open de Australia de 2012, la más larga de la historia del Grand Slam, un partido de enorme belleza e intensidad. Al acabar el mismo, nuestro gran tenista, a pesar de salir derrotado, señalaba lo siguiente:

"Esta es una de las derrotas más felices de mi carrera. Me he superado a mí mismo. Ha sido la final que he perdido que quizás me duele menos porque he hecho todo lo que he podido. He luchado todo. He corrido todo lo que he podido correr. He llevado a Djokovic al límite, y a mí mismo también. Cuando uno hace todo lo que puede, no está

*obligado a más. Estoy satisfecho de mí mismo. Después de un tiempo en el que había sufrido sin disfrutar, he sufrido disfrutando. Ese es el camino*⁵⁶.

Sin duda son declaraciones impactantes, pero se nos admitirá que emparejar sufrimiento y disfrute no es fácil. Las propias palabras de réplica de su rival tras la final siguen evidenciando esta contradicción:

*“Estoy absolutamente de acuerdo con él. Nunca sentí nada igual. Te duele todo. Sufres. Intentas activar tus piernas. Intentas empujarte un punto más. Te sangran los dedos. Todo es ya demasiado y, aun así, sigues disfrutando del sufrimiento. Por eso estoy de acuerdo con Rafa. Haber jugado casi seis horas es increíble, simplemente increíble. Escuchar que esta es la final más larga de la historia de los torneos grandes (5h 53m) me hace llorar. En el quinto set sentí que mi cuerpo iba bajando de energía, pero sabía que él también estaría sintiendo el paso del tiempo. Intenté mantenerme ahí mentalmente. Controlar mis emociones. Cuando me vi con un 2-4, empujé mi cuerpo hasta el límite. Los dos usamos hasta la última gota de energía de nuestros cuerpos. Creo que el título se decidió por un poco de suerte y un poco de deseo. Debería haber dos ganadores”*⁵⁷.

Emocionan sin duda estas palabras de ambos contendientes por el respeto y el reconocimiento del otro que evidencian. Es seguro que pasados los años recuerden esa final como algo de lo más maravilloso que vivieron. Mejores recuerdos sin duda tendrá el ganador que el perdedor. Pero lo que queremos señalar aquí es otra cosa. Escuchando a estos dos genios de la raqueta, parece fácil “disfrutar del sufrimiento” que conlleva el logro de la máxima excelencia deportiva, pero no lo es. Tal vez para ellos, en ese momento competitivo de lucha y esfuerzo más que humano, *sobrehumano*, lo sea. Pero es incuestionable que para llegar a esas cumbres del Olimpo deportivo, estos dos grandes tenistas han tenido que renunciar desde edades muy tempranas a la diversión en su práctica deportiva infantil. Sin esa renuncia no se alcanzan esos niveles. Para Nadal y *Djokovic* el tenis dejó de ser desde muy temprana edad un juego divertido, placentero y libre, para convertirse en un duro trabajo. Sólo así se puede alcanzar la cima mundial de ciertos deportes a esas edades.

Y algo más, no está en la naturaleza de ningún niño aceptar libre y voluntariamente esa renuncia. Son los adultos que les rodean, los que decidieron el camino. Volveremos a ello al abordar el papel de la familia.

3.6. Autonomía moral

Una de las claves del desarrollo moral en la que coinciden los más grandes teóricos de la educación ética (Kant, Piaget, Kohlberg), está en el paso de la heteronomía a la autonomía moral. Se entiende por ello la evolución que experimentan muchas personas, a medida que crecen y maduran, de pasar a acatar las normas que nos son dictadas por una autoridad exterior a nosotros mismos, a hacerlo desde la propia convicción surgida del compromiso personal con unos principios éticos.

⁵⁶ *El País*, 30 de enero de 2012, 43.

⁵⁷ *El País*, 30 de enero de 2012, 43.

Para comprender esta evolución moral en contextos deportivos, vamos a ofrecer ciertas claves que puedan servir de guía de conducta a entrenadores y educadores deportivos que traten de utilizar la competición deportiva para favorecer este proceso.

Síntomas de esta evolución serían:

- a) *Saber obedecer*. El paso de la *desobediencia* a la *obediencia*. Aunque pueda resultar paradójico aprender a obedecer la autoridad de los adultos en la infancia es requisito imprescindible para alcanzar nuestra propia autonomía moral. Obedeciendo a otros aprendemos a obedecernos a nosotros mismos y controlar nuestra propia vida. La educación es un proceso paradójico. Estamos poniendo continuamente límites a nuestros hijos, parece que les vamos quitando libertad, y ellos probablemente así lo sienten, pero en el fondo les estamos dando autonomía, estamos ayudando a que pongan su propio motor en marcha. Ningún niño se habituaria a ducharse diariamente o a lavarse los dientes después de cada comida si los adultos que le acompañan no le fuerzan una y otra vez a hacerlo. Ese “forzar” su naturaleza infantil, tratando de que incorpore hábitos higiénicos en su vida, a la larga le va a proporcionar mayor libertad de elección. De adulto sólo el que ha aprendido e interiorizado esos hábitos podrá decidir si los mantiene o no. Y no suelen abandonarse porque pronto se comprende que a quien de verdad benefician es a uno mismo, puesto que nos hacen más libres. La salud nos hace más libres que la enfermedad. Esta lógica podemos aplicarla a todos los buenos hábitos: de lectura, de estudio, de ejercicio físico, etc.
- b) De la *obediencia ciega* (“la que prestamos sin examinar los motivos o las razones del que manda”) a un *cuestionamiento crítico y autónomo* sobre el valor ético de las normas impuestas. A lo largo de toda la vida recibimos indicaciones y normas: de los padres, profesores, entrenadores, jefes, etc. La mayoría de las veces esas normas no implican dilemas morales ni éticos. Entendemos que son normas de funcionamiento social y que nos benefician a todos. Pero de vez en cuando entre esas indicaciones que recibimos se cuelan algunas “*moral o éticamente problemáticas*”, percibimos que tienen ciertas consecuencias negativas, bien para nosotros mismos, bien para otros. Y es ahí donde nuestra conciencia empieza a encender sus alarmas. Probablemente las primeras veces somos incapaces de creer que las autoridades puedan ser inmorales, como nos cuesta aceptar las limitaciones y errores de los propios padres. Pero con el tiempo nos percatamos claramente. Pese a ello hay personas que el miedo a desobedecer a la autoridad les hace ser cumplidores de cualquier norma que se les indique. Pero es un claro síntoma de desarrollo ético y de autonomía moral el cuestionarnos seriamente si debemos cumplirlas o no. No es el momento ahora de entrar en matices complejíssimos de condicionantes personales y sociales que todos ser humano tiene a la hora de obedecer o no a una autoridad, o donde pone la persona sus límites de dignidad a esas presiones. Preferimos poner ejemplos deportivos que nos ayuden a comprender este proceso y sobre todo que nos faciliten nuestra tarea de favorecer el crecimiento de la autonomía moral en nuestros jóvenes deportistas. Pensemos en la siguiente indicación de un entrenador a un jugador sobre como debe “marcar” a un rival en un partido: “provócale, agrádele sin que te vea el árbitro, si le conseguimos desquiciar tenemos medio partido ganado”. Muchos

deportistas han podido escuchar indicaciones parecidas y han aprendido a obedecerlas sin cuestionarlas. ¿Cómo podría un educador-entrenador ayudar a sus deportistas a avanzar en su cuestionamiento crítico y autónomo ante ciertas normas inmorales y a preguntarse quizá por vez primera si deben o no cumplirlas? Imaginemos que vamos a jugar un partidillo de entrenamiento y en la charla previa soltamos ciertas indicaciones como que jueguen duros o que traten de amedrentar a sus compañeros. Dejamos que se inicie el partidillo, y antes de que se produzca el primer pique entre ellos, paramos el juego y les reunimos nuevamente. La pregunta es obvia: ¿iban a seguir nuestras indicaciones?, y tanto si las respuestas fueran positivas como negativas la reflexión está servida: ¿consideran que a lo largo de su vida *deben cumplir siempre las órdenes que reciban de cualquier autoridad* sin cuestionarlas lo más mínimo? El deporte adquiere en ese momento un sentido educativo de valor extraordinario. Esos deportistas no olvidarán esa experiencia y ese aprendizaje.

- c) De la *obediencia por miedo a la sanción* a la obediencia por un *compromiso personal con ciertos principios*. Otro ejemplo de autonomía moral es sentir que obedecemos ciertas normas no tanto por el miedo a la sanción como por respetar el valor de las mismas. Ejemplo de ello sería la diferencia entre el jugador que se comporta deportivamente en el terreno de juego tan sólo por el miedo a ser visto y sancionado por el árbitro, a aquel que lo hace por un verdadero compromiso personal y autónomo por entender que el reglamento es un marco normativo que nos damos para que el juego pueda desarrollarse de forma divertida y segura. Todo programa de transmisión de valores a través del deporte no debe limitarse a exigir de nuestros deportistas el simple acatamiento de unas reglas deportivas, sino buscar en ellos un compromiso personal, autónomo y crítico, en la defensa de unos principios éticos universales tanto dentro como fuera del terreno deportivo. Una herramienta excepcional para esta evolución ética es potenciar el auto arbitraje, que sean los propios niños quienes se arbitran a sí mismos, responsabilizándose de la buena marcha de la competición⁵⁸. Piaget⁵⁹ nos ha enseñado la oportunidad de desarrollo moral que representan los juegos infantiles normativos donde los niños aprenden a dirimir sus conflictos entre iguales y sin presencia de adultos. Lo que niños y niñas han hecho desde siempre y lo seguirán haciendo: disfrutar en los recreos de juegos competitivos (deportivos y no deportivos), sin adultos, organizándose entre ellos y dirimiendo y gestionando sus propios conflictos, curiosamente se lo negamos en cuanto llegan a contextos deportivos formalizados. Es un error incorporar la figura de un árbitro desde pequeños. Al imponerles la figura externa y adulta de una autoridad para hacer cumplir el reglamento, les estamos empobreciendo la oportunidad educativa que la competición deportiva ofrece. Los adultos que gestionan así las competiciones infantiles están proyectando varias cosas: en primer lugar, la más grave, su incapacidad para percibir el extraordinario valor educativo del juego infantil.

⁵⁸ Un magnífico ejemplo de ello lo encontramos en la Fundación Real Madrid que mantiene esta filosofía en sus escuelas de baloncesto. (Ortega, G.; Giménez, F.J.; Jiménez, A.C.; Franco, J.; Durán, J. y Jiménez, P.J., *Introducción al Valorcesto*, Madrid: Fundación Real Madrid, 2012).

⁵⁹ Jean Piaget, *El juicio moral en el niño*. (Barcelona: Martínez Roca, 1984).

Marías⁶⁰ advierte la seriedad con que los niños afrontan sus juegos, como si percibieran “que en ellos empiezan a ejercitarse para la vida y las relaciones con los demás, para la ética y la moral.” Pero también estos adultos evidencian la cabezonería de tratar de proyectar las normas competitivas de adultos en las etapas infantiles. El deporte infantil debería ser un lugar de aprendizaje privilegiado donde niños-as tengan la oportunidad de resolver sus primeros conflictos de forma libre y autónoma, cediendo o acordando soluciones a sus faltas deportivas, experimentando incluso las primeras injusticias o abusos de sus iguales, lo mismo que la lealtad y la honestidad por parte de otros. Árbitros no, pero educadores acompañantes de esas experiencias por supuesto que sí. Debemos dejarles experimentar esas situaciones pero a la vez ayudarles posteriormente a reflexionar sobre las mismas y sus sentimientos.

- d) De la aceptación de la *legalidad* vigente a un compromiso personal con unos *principios éticos universales*. Un ejemplo interesante es el del entrenador infantil que, sin importarle la normativa vigente que permite que jueguen sólo los mejores, entiende que debe actuar de acuerdo a sus principios éticos y adopta unilateralmente el criterio de que en su equipo “todos juegan”. Obsérvese que en este caso no se trata de incumplir la ley para sacar partido ventajista a nuestro favor, sino por el contrario de no acogerse a las ventajas competitivas que le ofrece el marco normativo vigente por entender que existen principios de mayor valor ético, aún a sabiendas del coste y la desventaja que ello nos puede suponer.

La conducta de este entrenador reflejaría haber alcanzado el tercer nivel de Kohlberg (postconvencional o de principios). Son este tipo de personas, o las instituciones que les amparan, las que favorecen procesos de transformación y mejora ética de las sociedades. Sus conductas van marcando el camino de transformación del marco normativo deportivo vigente hacia cotas de mayor nivel ético.

En este paso de la heteronomía a la autonomía moral desempeña un papel esencial la familia. En el siguiente apartado profundizaremos precisamente en el rol tan importante que desempeña el contexto familiar en el desarrollo ético y moral del deportista.

3.7. El papel de la familia

Los mejores programas sobre desarrollo ético y transmisión de valores a través del deporte otorgan un papel preponderante a las familias. Todo buen educador sabe que debe tener puesto un ojo en el joven y el otro en la familia.

Es de sobras conocido que existen peligros evidentes en ciertos contextos familiares que ejercen una excesiva presión sobre los jóvenes deportistas. Ese peligro se acentúa cuando, aunque cueste admitirlo, esas malas influencias familiares sobre los más pequeños, dan sus frutos. Permítasenos un breve rodeo para entender mejor lo que tratamos de decir.

⁶⁰ Marías, J., “De cómo M y F me han quitado del fútbol”, *El País*, 5 de febrero de 2012.
ISSN: 2340-7166

Muchas de las obras de arte más excelsas que el ser humano ha sido capaz de crear a lo largo de la historia han sido fruto de la corrupción política. “La corrupción de los faraones nos regaló las Pirámides; de la corrupción de la antigua Grecia heredamos el Partenón; la corrupción de Roma nos ofreció el Panteón y el Coliseo; con la corrupción de la Iglesia medieval se erigieron el románico y el gótico de las catedrales; la corrupción del Renacimiento nos dejó *La Piedad* de Miguel Ángel...”⁶¹. No es fácil asumir y entender estas estrechas y complejas conexiones entre lo más bello que el ser humano es capaz de crear y la basura moral que puede esconderse detrás de esas obras. Y esta lógica perversa en cuanto a la creación artística podemos traspasarla incluso a algo más delicado, la creación de los propios genios, de los seres humanos que han alcanzado las cimas más altas. Pensemos en la figura de Beethoven, sin duda uno de los más grandes compositores que han existido, y autor de algunas de las mejores sinfonías creadas por el hombre. Su padre, músico mediocre, pero obsesionado con hacer de su hijo un nuevo niño prodigio, un segundo Mozart, no dudó en presionar a Ludwig desde muy corta edad especializándole en una educación musical y coartando el desarrollo educativo y afectivo del joven, que muchos días dejaba de ir a la escuela para practicar música y apenas se relacionaba con otros niños. En mitad de la noche, Ludwig era sacado de la cama por su padre, alcohólico, para que tocara el piano a personas a las que quería impresionar. Aunque cueste creerlo, el nivel de excelencia musical sin igual alcanzado por Beethoven, no se debió *a pesar de esa influencia paterna*, sino precisamente debido a ella. Beethoven sin duda hubiera sido un músico excelente, pero no un genio. Llegar a ser genios a edades tan tempranas requiere de *prácticas inhumanas*. De nuevo *excelencia artística e inhumanidad* de la mano. Tal vez debamos admitir que “en ambientes familiares felices se producen buenos hijos, pero no hombres de personalidad genial. Seamos claros: los genios –o los más fuertes y superiores individuos- se afirman en ambientes hostiles, entre abandonos, polémicas, oposiciones y desastres”⁶².

¿No podríamos decir algo parecido con la *excelencia deportiva* alcanzada en edades muy tempranas por algunos de los mejores deportistas de la historia?

Que bastantes de los mejores deportistas mundiales, sobre todo en modalidades muy precoces, respondan a ese determinismo parental no es algo aleatorio ni circunstancial. Algunos de los progenitores de grandes campeones han reconocido públicamente que *educaron* o que *concebieron* incluso a sus hijos para ser grandes campeones deportivos. ¿No resulta terrible constatar el nivel de *eficacia* que este proceso de *amaestramiento* (me niego a llamarlo educativo) llega a tener?, ¿alguien cree que llegar a crear un genio, artístico o deportivo, *justifica* esta terrible influencia sobre un hijo, esta “implacable presión disciplinaria, que en ocasiones roza la tortura física y moral?”⁶³

Suele argumentarse que no hay diferencia en condicionar a un hijo para ser deportista profesional pongamos por caso y ser notario. Pero sí la hay, y mucha. La primera opción exige una especialización muy temprana en la vida de la persona, y

⁶¹ Vicent, M., “El vacío”, *El País*, 10 de febrero de 2013, 72.

⁶² Gala, A., “La familia sí, pero...”, *El País Semanal*, 17 de abril, de 1994, 165.

⁶³ Sánchez Ferlosio, R., *La hija de la guerra y la madre de la patria*. (Barcelona: Destino, 2002).
ISSN: 2340-7166

ningún niño renuncia libre y voluntariamente a gran parte de su niñez por someterse a una especialización deportiva precoz si no le viene impuesta desde fuera. Además, este tipo de especialización suele acompañarse del cercenamiento del proceso educativo escolar normalizado entre iguales, dificultando la posibilidad que la persona construya su propia vocación y proyecto de vida. Para ser notario un joven ha tenido que seguir su proceso educativo normalizado, y la decisión última de especializarse tendrá que tomarla a los 17 o 18 años aproximadamente, o incluso más tarde. A esa edad si una persona decide elegir una profesión “para contentar a un padre” ya tiene mucha parte de responsabilidad en la elección. El condicionamiento ha podido ser muy fuerte también en esta segunda opción pero el margen de libertad que se da al hijo en ese caso es mucho mayor. Como señala Savater⁶⁴, los padres presentimos que a nuestros hijos “les condenamos a mucho pero también que les damos la posibilidad de inaugurar algo”. El problema radica cuando algunos padres dejan muy poco margen de inauguración al hijo.

En algunas modalidades deportivas actuales, donde los niveles de máxima excelencia mundial se alcanzan en edades muy tempranas, resulta casi imposible alcanzar esos éxitos sin estas presiones familiares desde la más tierna infancia, sin aplicar el *modelo Beethoven*. No estamos diciendo evidentemente que todos los padres que lo intentan logran ver a sus hijos en lo alto del ranking mundial, pero sí afirmamos que, con los actuales niveles de exigencia y especialización, para lograr tal nivel de excelencia precoz va ser *condición necesaria* (aunque no suficiente) hacerlo.

Es evidente que “en demasiadas ocasiones, los padres no educan para ayudar a crecer al hijo sino para satisfacerse modelándolo a la imagen y semejanza de lo que ellos quisieran haber sido, compensando así carencias y frustraciones propias”⁶⁵. El deporte infantil se presenta precisamente como un ámbito en el que frecuentemente padres y madres tienden a realizarse a través de sus hijos modelándolos hacia aquello que ellos quisieron haber sido y no lograron. Estos padres, consciente o inconscientemente, invierten el ciclo de la vida cargando sobre los hombros de sus hijos de corta edad unas responsabilidades que en absoluto les corresponde asumir. Muchos de estos progenitores repiten una y otra vez, *es él quien nos lo pide*. Pero si se rastrea en la historia familiar de estos chicos topamos con presiones y chantajes emocionales que han ido configurando la propia personalidad de esos jóvenes deportistas.

Nos viene a la mente una de las escenas clave de esa maravillosa película que es “En busca de Bobby Fischer”. Cuando la madre empieza a percibir el cambio de personalidad de su hijo de siete años, presionado por un padre que desea que llegue a ser un gran campeón y que ni siquiera es capaz de reconocer ante su mujer la influencia que está ejerciendo sobre su hijo afirmando que es el propio niño quien desea el éxito, la madre le contesta: “A esa edad se hace todo por temor a perder el cariño de tus padres”. En el deporte esas *coacciones afectivas*... ¡son tan frecuentes!

Cuando ese proceso determinista llega a dar sus frutos no resulta fácil admitir que esa excelencia deportiva lograda *es ajena* al sujeto, que esas personas *no han vivido su propia vida*. Ante tanto éxito, fama, dinero y reconocimiento social (algunos de esos

⁶⁴ Savater, F., *El valor de educar*. Barcelona: Ariel, 1997, 92.

⁶⁵ Savater, 1997, op. cit., 73.

padres llegan a protagonizar anuncios) la crítica a este proceso se hace más difícil pero no menos necesaria, aunque sólo sea por tantos y tantos jóvenes deportistas que han sucumbido a dicho modelo y se han sentido fracasados por no responder a las expectativas que se depositaron sobre ellos, y por tantos padres y madres que lo siguen intentando vistos los buenos resultados obtenidos por otros. Sin duda son muchos los niños y niñas los que van a sufrir o están sufriendo ya en sus carnes estas ambiciones de unos adultos (padres, madres, entrenadores) incapaces de aceptarles simplemente como niños y guiando sus vidas desde muy corta edad hacia profesiones que pueden suponer riqueza y reconocimiento social.

Hasta el propio Consejo de Europa ha alertado a los Gobiernos y autoridades deportivas sobre:

Los peligros del deporte de alto rendimiento en menores de edad, que pueden derivar en graves trastornos físicos y psicológicos. El ritmo de entrenamientos y competición debe ser razonable para permitir a los adolescentes llevar una vida normal, en consonancia con las exigencias de su edad y su escolarización. Lo que sin duda no ocurre en ciertas modalidades deportivas. Los intereses económicos y sociales del deporte de élite son considerables, por ese motivo los parlamentarios deploran que los menores de edad terminen siendo víctimas de estos intereses. Los parlamentarios solicitan a los estados miembros y al Comité Olímpico Internacional que impongan unas edades mínimas –entre 16 y 18 años según la especialidad que se practique– para admitir a jóvenes en competiciones nacionales e internacionales de alto nivel. Finalmente apelan a la responsabilidad de padres y familiares sobre el desarrollo deportivo de sus hijos. Se recomienda así mismo que los gobiernos, en colaboración con los clubes y federaciones deportivas sigan las siguientes directrices: distinguir lo que es el deporte para los jóvenes en general (deporte para todos) del de élite y alto nivel; y prestar atención a la formación de los entrenadores en lo concerniente tanto a las cuestiones técnicas como a sus responsabilidades morales sobre los menores.⁶⁶

4. Conclusión

Hemos presentado dos valoraciones opuestas sobre el deporte desde una perspectiva ética. Ambas perspectivas defienden morales distintas: la *de competición* como parte esencial del desarrollo personal y del progreso social, y la *de cooperación*, más preocupada por la colaboración y por los intereses de los semejantes.

Sin duda la vida humana y social es a la vez competitiva y cooperativa. Y somos cada uno de nosotros los que alimentamos unas tendencias u otras. Creemos que las fuerzas cooperativas están más próximas a la educación ética y los valores, y favorecen en mayor medida el desarrollo humano y social. Y también que el deporte es un ámbito social que fomenta precisamente la competitividad, tan arraigada en nuestra cultura occidental.

Ni que decir tiene que el admitir que una moral cooperativa puede ser más elevada éticamente que una competitiva no significa rechazar totalmente la segunda, ni afirmar

⁶⁶ Consejo de Europa, “Manifiesto Europeo sobre la Juventud y el Deporte”, *Sports Information Bulletin*, 5, 1995, 39.
ISSN: 2340-7166

que el deporte competitivo sea inmoral. En absoluto es nuestra intención asumir un planteamiento radical que excluya todo elemento competitivo de los juegos físicos infantiles ya que ello supondría aceptar que el deporte de competición no puede aportar ningún elemento educativo a los niños. Coincidimos con Cagigal⁶⁷ y Arnold⁶⁸ en la defensa del agonismo (el afán de superación de un adversario, un obstáculo, o de las propias limitaciones) como parte esencial del deporte y además una herramienta educativa valiosa.

Lo que sí afirmamos es que desde una perspectiva ética consideramos la competición deportiva como una especie de caballo con tendencia a desbocarse. Se necesitan muy buenos jinetes que sepan tensar bien las riendas para no perder su control o lo que es lo mismo, su intención educativa.

Finalizaremos este texto con una frase que escuchamos a José Luis Sampedro, economista e intelectual de firmes valores humanistas: “Hay dos tipos de economistas, los que ayudan a hacer más ricos a los ricos, y los que tratamos de hacer menos pobres a los pobres”. No encontramos mejor forma de despedir este capítulo que parafraseándole y diciendo: hay dos tipos de entrenadores deportivos con jóvenes, los que ayudan a hacer más buenos a los buenos, o los que tratan de hacer mejores deportistas y personas a todos, sin excluir a ninguno.

Bibliografía

- Alvarez de Mon, Santiago. *Aprendiendo a perder. Las dos caras de la vida*, Barcelona: Plataforma Editorial, 2012.
- Arnold, Peter J. *Educación Física, movimiento y curriculum*. Madrid: Morata, 1991.
- Bailey, Charles. “Games, winning and education”, *Cambridge Journal of Education*, 5, 1, 1975, 40-50.
- Cagigal, José María. *Deporte, Pedagogía y Humanismo*. Madrid: Publicaciones del Comité Olímpico Español, 1966.
- Camacho, María José. “Contradicciones del significado de la actividad físico-deportiva en las identidades corporales de las chicas adolescentes”, *Feminismo/s*, 21, junio 2013, 15-35.
- Carlin, John. “¿Hay consuelo para un corazón destrozado?”, *El País*, 11-12-2011.
- Consejo de Europa. “Manifiesto Europeo sobre la Juventud y el Deporte”, *Sports Information Bulletin*, 5, 1995, 9.
- Cortina, Adela. “Eugenesia y justicia social”, *El País*, 28-1-03.
- Darwin, Charles. *El origen del hombre*, Madrid: Edaf, 1982.

⁶⁷ Cagigal, 1966, op. cit.

⁶⁸ Arnold, 1991, op. cit.

- De Villena, Luis Antonio. "Encomio del Deporte", *ABC*, 22-2-86.
- Durán, Javier. "¿El deporte transmite valores?". En *Los valores del ocio: cambio, choque e innovación*, editado por Aurora Madariaga y Jaime Cuenca, 161-177. Bilbao: Universidad de Deusto, Documentos de Estudio de Ocio, 43, 2011.
- Fraleigh, Warren P. *The right actions in sport: Ethics for contestants*. Champaign, Ill.: Human Kinetics, 1984.
- Gala, Antonio. "La familia sí, pero...", *El País Semanal*, 165, 17-4-94.
- Galeano, Eduardo. "Los atletas químicos", *El Mundo*, 27-4-01.
- González Herrero, Carlos. *Estudio de las tendencias de crecimiento de las modalidades deportivas españolas 1980-2005, en relación con los hábitos físicos de la población desde una perspectiva internacional comparada*, Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte – INEF, Universidad politécnica de Madrid, 2012.
- Keating, James W. "Sportsmanship as a moral category". En *Sport and the Body*, 2ª ed., editado por Ellen W. Gerber y William J. Morgan, Filadelfia: PA, Lea & Febiger, 1979.
- López-Aranguren, José Luis. "Conducta ética y conducta agresiva: un enfoque filosófico". En *Agresión y Violencia en el Deporte. Un enfoque interdisciplinario*. 185-190, Madrid: Instituto de Ciencias de la Educación Física y del Deporte, 1985.
- López-Aranguren, José Luis. *Ética*. Madrid: Alianza Universidad, 1995.
- Lüschen, Günther. "Análisis estructural del deporte". En *Sociología del Deporte*, editado por Günther Lüschen y Kurt Weis, 46-58, Valladolid: Miñón, 1979.
- Mariás, Javier. "De cómo M y F me han quitado del fútbol", *El País*, 5-2-2102.
- Martens, Rainer. "Helping children become independent, responsible adults through sports". En *Competitive sports for children and youth: an overview of research and issues*, editado por Brown and Branta, Champaign, Ill.: Human Kinetics Publishers, 1978.
- Meakin, Derek C. "The moral status of competition", *Journal of the Philosophy of Education*, 20, 1, 1986, 59-67.
- Muñoz Molina, Antonio. "La angustia del ganador", *El País*, 2-1-1995.
- Orlick, Terry y Botterill, Cal. "Why eliminate kids?". En *Sport Sociology: Contemporary Themes*, editado por Yiannakis, McIntyre, Melnick y Hart, Iowa: Kendall/Hunt, 1976.
- Ortega, Gema; Giménez, Javier; Jiménez, Concepción; Franco, Jorge; Durán, Javier y Jiménez, Pedro Jesús, *Introducción al Valorcesto*, Madrid: Fundación Real Madrid, 2012.
- Perry, Louis R. "Competition and cooperation", *British Journal of Educational Studies*, XXIII, 2, junio 1975.

- Piaget, Jean. *El juicio moral en el niño*. Barcelona: Martínez Roca, 1984.
- Ramón-Cortés, Francisco. “Cuidado con la obsesión por ganar”, *El País Semanal*, 11-9-2011.
- Rapoport, Anatol. *Fights, Games, and Debates*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1960.
- Rawls, John. *Teoría de la justicia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Sámano, José. “Mito entre mitos”, *El País*, 15-9-2010.
- Sánchez, Ricardo y Sánchez, Jorge. “Culturas deportivas y valores sociales: una aproximación a la dimensión social del deporte”, *Apunts. Educación Física y Deportes*, 64, 2º trimestre, 2001, 33-45.
- Sánchez Ferlosio, Rafael. *La hija de la guerra y la madre de la patria*. Barcelona: Destino, 2002.
- Savater, Fernando. *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel, 1991.
- Savater, Fernando. *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Planeta, 1995.
- Savater, Fernando. *El valor de educar*. Barcelona: Ariel, 1997.
- Schwartz, Shalom H. y Bilsky, Wolfgang. “Toward a Theory of the Universal Content and Structure of Values: Extensions and Cross-Cultural Replications”, *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 5, 1990, 878-891.
- Séneca, *Tratados Morales*, Barcelona: Planeta, 2012.
- Simon, Robert L. *Fair-Play. Sport, Values and Society*. San Francisco: Westview Press, 1991.
- Trueba, David. “Hagan juego”, *El País*, 27-1-12.
- Valenciano, Mauro. *Aprender a ganar. La competición en el desarrollo de los deportistas*. Barcelona: Inde, 2012.
- Vicent, Manuel. “Pep Guardiola. El fútbol puede ser una moral”, *El País*, 5-11-2011.
- Vicent, Manuel. “El vacío”, *El País*, 10-2-2013.